

EL CORREO.

NUMERO 9.

SABADO 19 DE JUNIO DE 1847.

AÑO 1.º

POLITICA.

EL CORREO.—19 DE JUNIO.

Han sido tan estranas y tan peregrinas las vicisitudes que han traído las cosas publicas al estado en que hoy las vemos, que para juzgarlas desapasionadamente, es indispensable volver los ojos á lo pasado, y seguir el enlace de los sucesos desde la época en que el partido moderado entró en el poder, hasta el momento presente.

Cuando en 1843 se formó el ministerio presidido por el Sr. Gonzalez Brabo, prevaleció la política de resistencia, necesaria entonces, porque era preciso ante todo destruir los elementos revolucionarios que habia dejado tras sí el último pronunciamiento. No cumple á nuestro propósito juzgar los actos de aquel gabinete; dejando esta tarea á los que, mas distantes de los sucesos, y mas ajenos de las pasiones que todavia se agitan en nuestra sociedad, puedan calificarlos con ánimo imparcial, distribuyéndoles el loor ó el vituperio á lo que los considere acreedores. Pero si notásemos que apenas se dispuso el temor que habian infundido las revueltas de Alicante y Cartagena, comenzaron á manifestarse deseos de que el gobierno adoptase una marcha mas legal, y á poco fué generalizándose este deseo, en términos, que llegó á hacerse casi unánime.

El ministerio presidido por el general Narvaez parecia destinado á realizarlo, y por eso halló favorable acogida de parte de todos los que anhelaban fuese en España una verdad el gobierno representativo; pero muy luego se le vio desviarse de la senda de la legalidad, siguiendo en nombre de otros principios los pasos mismos de sus predecesores, lo que dió origen á que dentro del propio partido moderado se formase una oposición, cuyo único objeto era defender la integridad de las doctrinas constitucionales contra los embates del poder, que no las miraba con sobrado respeto: quería esta oposición que se crease para todos los partidos una situación de orden y legalidad, para que al mismo tiempo que se procuraba dar fuerza al gobierno, y hacer imposible la revolución, las diversas opiniones hallasen campo legal donde manifestarse, y al intento de adquirir el poder con motines y asonadas, sustituyeran las prácticas recibidas en otros países donde existe el régimen representativo.

Fuera prolijo enumerar los casos varios en que la oposición y el gobierno se encontraron en el palenque; mas es indudable que este se escuchaba en la necesidad, y aquella invocaba la santidad de los principios.

Reformas de consideración se llevaron entonces á término; pues sucesivamente se modificó la Constitución de 1837; se hicieron las leyes de ayuntamientos, diputaciones y consejos provinciales; el plan de estudios y el sistema tributario; y aunque ninguna de esas reformas está exenta de graves defectos, todas ellas están en consonancia con las doctrinas dominantes, y pueden perfeccionarse indefinidamente, porque son acertadas las ideas en que se fundan.

Mas como al mismo tiempo que se trataba de arreglar el orden administrativo, surgian cuestiones delicadas en el territorio de la política, la situación no podia menos de complicarse y producir resultados que ninguno al principio vislumbraba.

La boda de la Reina con el conde de Trápani despertó tales antipatías, y fué tan generalmente reprobada, que por primera vez, despues de largos años de incertidumbre y de indiferencia, se vio entre nosotros lo que se llaman manifestaciones de la opinion publica. El ministerio, ya dividido en aquella época, tuvo que dejar el poder para que su presidente, despues de una corta transición, lo recobrase de nuevo aunque para volver á perderlo muy en breve, sin que la tentativa de prescindir del parlamento, y de organizar el país por medio de decretos, pudiese tener éxito.

Con el gabinete presidido por el Sr. Isturiz, y compuesto de los principales elementos que constituían el del general Narvaez, nada quedó definitivamente resuelto, siendo su marcha en política la misma que la seguida desde un principio, y continuando la oposición en el mismo terreno que habia escogido para conseguir que sus principios prevaleciesen.

Verificáronse las bodas de S. M. y de la señora infanta, y se hicieron nuevas elecciones: mas cuando iban estas á terminar, y estaba próxima la reunion de las Cortes, un acaecimiento de todos conocido puso de manifiesto que el ministerio no contaba de lleno con el apoyo de la corona, viniendo así á ocurrir una crisis en los propios momentos de reunirse el Congreso.

Todo lo sucedido para el nombramiento de presidente dejó ver muy á las claras que la antigua mayoría, que habia apoyado á los gabinetes de Narvaez y de Isturiz, no estaba ya compacta, y que sus filas se habian disminuido de una manera sobrado palpable.

Los ministros hubieron de retirarse, y el duque de

Sotomayor recogió su herencia, contando con algunas probabilidades de vida, porque en su gabinete estaban representadas las principales fracciones del partido moderado.

Mas no tardaron mucho en desvanecerse las esperanzas así concebidas, porque faltó á los ministros la benevolencia de la corona.

Esta fué la época en que S. M. encomendó al Sr. Pacheco la formación del actual gabinete: siendo fácil de prever que el antiguo jefe de la oposición habia de encontrar mil dificultades para realizar en el gobierno el pensamiento que siempre le habia guiado.

Habian de hacerle cruda guerra los hombres que por largo tiempo dominaron, y que á fuerza de ejercer el poder casi llegaron á figurarse que de derecho les pertenecía: el estado de los negocios públicos en Portugal distaba mucho de ser satisfactorio: la carestía de los alimentos era germen poderoso que podian beneficiar los que para conseguir sus fines no reparan en los medios que la suerte les depara; la crisis monetaria venia á aumentar la confusión; y las desavenencias de Palacio, infundiendo en los ánimos la desconfianza y la zozobra, acababan de complicar una situación de suyo tan difícil. Pero no se olvide que todos esos males existían cuando el Sr. Pacheco fué llamado por la corona. Lejos de haber sido efectos de su administración, ha de mirárselos como obstáculos que desde luego se le presentaban, y que ha hecho y está haciendo mil esfuerzos por superar.

Es esta observación de suma importancia, porque si es lícito y hasta conveniente que se censuren los actos de un gabinete según parezcan mas ó menos atinados, no parece equitativo que se le exija la responsabilidad de los que se realizaron antes que llegara á sus manos el poder, imputándole como propias, ajenas culpas.

En la actualidad la marcha del gabinete debe ser consiguiente á los principios que han sido siempre el verdadero símbolo del partido moderado: todas las opiniones liberales caben dentro del ámbito de la legalidad; y el fin á que debemos encaminarnos es el que desde el principio apeteçiamos; esto es, que los partidos hagan uso solo de los medios que proporciona el régimen representativo, sin apelar á la fuerza para obtener el poder. Con esta mira se ha sustituido al exclusivismo, hasta aquí dominante, un sistema de concesiones y de tolerancias que habrán de producir mas tarde ó mas temprano este resultado: y respecto á las cuestiones exteriores se ha seguido una política que, conservando el decoro nacional, no es sin embargo agresiva ni violenta.

Nosotros, imparciales y consecuentes á las doctrinas que siempre hemos profesado, juzgaremos de los actos del gobierno sin prevención de ninguna especie, y los aplaudiremos ó censuraremos según los estimemos conformes ó contrarios á esas mismas doctrinas.

Nuestro ministerialismo en esto solo se cifra; y por mas que otra cosa quiera suponerse, la experiencia demostrará que lo que decimos es la verdadera expresión de nuestro pensamiento.

Los dos decretos insertos en la Gaceta del domingo, el uno sobre reducción del derecho de hipotecas y el otro sobre venta de los bienes de las órdenes militares, han merecido de nuestro estimable colega *El Faro*, en un verborrático artículo, una censura tan sin sustancia y, contra su costumbre, tan sumamente lánguida, que bien merece que la presentemos recapitulada á nuestros lectores para que vean toda la copia de razones de que en su inagotable sabiduría dispone nuestro terrible adversario. Sin embargo, ante todo debemos consignar nuestra opinion sobre un fenómeno tan raro, para que quien lea nuestro artículo vaya viendo al mismo tiempo si nos hemos equivocado. Nuestro colega conoció que el primer decreto no podia impugnarse racionalmente y enarboló contra él dos columnas de declamación pura, ni mas ni menos, y en cuanto al segundo hizo lo que aconsejan ciertos teólogos: ocultar la verdad cuando el mentir es vergonzoso y arriesgado.

Entremos pues en el examen que nos hemos propuesto, y digamos si no es declamación, de la que en otras circunstancias llamaríamos del género tonto, acharcar á un real decreto el que el requisito constitucional de que sus disposiciones se someterán á la aprobación de las Cortes, está en el último artículo y se halla como perdido entre los demás. Digamos si no es declamación y nada mas, amenazar á los pueblos que se alegren de la rebaja que se les concede, que bien pronto se arrepentirán de su alegría. Digamos si no es declamación y declamación hasta insensata, el predicar el órgano de aquellos ministros que no solo invocaron la ilegalidad muchas veces sino que se jactaron de ella en momentos solemnes y se presentaron á exigir del parlamento una corona cívica por haberla empleado; si no es declamación insensata el decir que *para es la vez en que se invoca la ilegalidad por un gobierno*. No es para declamación y algo mas acaso en el diccionario de las declamaciones de malaley, el permitirle decir que *si el ministerio ha concedido esta pequeña ventaja á los pueblos, otros estarán mediando mucho mas beneficiosas para los ministros?*

Pero dejemos ese terreno en que se agitan malas pasiones y vamos á la impugnación del otro decreto relativo á la venta de los bienes que fueron de las órdenes

militares. Despues de haber tachado de viciosas é ilegítimas todas las disposiciones tomadas desde el último tercio del siglo pasado hasta hoy con respecto á esos bienes, por los señores don Carlos IV y don Fernando VII, y de haber anatematizado todos los decretos posteriores de las Cortes, acusa la medida actual de *atentatoria y anticatólica*. *El Faro* sabe bien, á lo menos lo suponemos, todo cuanto hay relativamente á un asunto que hace mas de medio siglo ha sido objeto de continuas negociaciones entre nuestros soberanos y la Sede apostólica, y que lo habia sido ya desde el siglo XV entre el papa Inocencio VIII y el rey don Fernando V, que fue ya instituido administrador perpetuo de los maestrazgos de las órdenes. Sucesivamente fueron los pontífices ampliando los derechos de nuestros reyes sobre todos esos bienes, hasta que Sixto V se los dió omnímodos y plenos reservando solo á la facultad de enagenar, facultad de que usaron algunas veces, dando despues cuenta á la corte romana, y que esta sancionó, haciéndose siempre cargo de la penuria de nuestro erario y de los grandes gastos que con frecuencia ocurrían, como se ve principalmente en la bula expedida por Clemente VII en 18 de marzo del año 1529.

En el espíritu y la letra de este breve se fundó posteriormente el rey D. Carlos IV, para expedir su real cédula de 17 de abril de 1802, por la que se constituía en gran maestro de la orden de San Juan, declarándose señor de todo cuanto poseía y dejando solo el concepto al régimen espiritual y religioso á la autoridad de la Iglesia y del sumo pontífice romano, y quedando de este modo la corona de España única poseedora de los bienes de todas las órdenes militares por expresa sanción del pontífice Pío VII.

Pero el dato mas concluyente que hay en esta materia y que *El Faro* no puede dejar de haber tenido á la vista, es el breve de Pío VI, dado en Roma á 13 de agosto de 1799, en el que reconocia en el rey católico la facultad de *subastar, enagenar y vender* las encomiendas vacantes y que vacaren de las órdenes militares, aplicando su producto á la extinción de la deuda del Estado. Esta disposición podia haber evitado á cualquiera menos escrupuloso que *El Faro* la calificación de *anticatólica* que da al decreto de 18 de este mes de que vamos hablando.

En cuanto á las acusaciones de ilegalidad que se ha servido dirigirlas á saber, y sabia en efecto, que por un decreto de las Cortes fecha del 13 de setiembre de se disponía 1813 que á la extinción de la deuda pública se aplicasen los productos en venta de los bienes que constituían toda la dotación de las órdenes, decreto confirmado en 1815 por el rey Fernando, y en 1820 por otro decreto de las Cortes del mismo año.

Ya ve nuestro colega con cuanta razón digamos que habia querido alucinar á sus lectores ocultándole la verdad. El sabia que el real decreto á que nos referimos, no ha sido una nueva disposición sobre una materia virgen, sino una especie de mandamiento de ejecución de disposiciones anteriores, claras y precisas, dictadas por todos los distintos gobiernos que han tenido la España de medio siglo á este parte. La representación nacional, los reyes, la Santa Sede, todo ha concurrido sucesiva y esplícitamente á fijar sobre este punto una legislación tan obvia y tan precisa, que no ofrece la menor ambigüedad ni en su sustancia ni en su forma, ni en su espíritu ni en su letra. Ni le falta el concurso de las Cortes, ni la sanción de la corona, ni la legalización de la potestad espiritual.

Quería pues *El Faro* que en los actuales apuros del Estado y teniendo el gobierno esos medios de que echar mano para disminuirlos, impusiese nuevas exacciones á los pueblos y dejase que se fueran acabando de perder esos bienes cuyos productos, como dice el decreto del domingo, iban disminuyendo considerablemente todos los años? Quería que se retardase su enagenación para que sus productos, ya que al fin y al cabo se habian de aplicar á lo que ahora se los destina, hubieran sido insignificantes y mezquinos? ¡Oh! el patriotismo de los hombres de *El Faro* es imponderable.

Pero acabemos ya, porque seria tarea interminable querer señalar todos los puntos que toca y las inconsecuencias en que incurrir y las excitaciones que hace á la corte romana para que se ofenda de la medida en cuestión. Acabemos ya, haciendo empero una observación que á nuestro juicio es importante. *El Faro* cree que la inclusión en los bienes que se van á vender de las encomiendas que poseían los ex-infantes D. Carlos y D. Sebastian, es *violenta y abusiva*. «Porque las encomiendas que usufructuaban aquellos, dice, no están vacantes; se hallan solo en sequestro por el tiempo que dure su extrañamiento, aunque este fuera el de toda su vida; no se han adjudicado ni podido adjudicarse á la nación, y en tal concepto no solo son enagenables, sino que su enagenación tendria un carácter decididamente anti-católico.» Pues bien, todo este arrazon de nuestro colega quedará desvanecido con decir que los ex-infantes tenían el usufructo, solo el usufructo de dichas encomiendas por *usufructo gracia y merced real*; no habia intervenido ninguna institución canónica, y por consiguiente la *gracia y merced real* podia retirarse y las encomiendas quedar legalmente vacantes.

Casi al mismo tiempo que los periódicos progresistas alzaban unánimes clamores contra los ascensos militares y la creación indefinida de generales, aparecía en las columnas de la Gaceta el decreto de 15 del corriente que pone término á ese mal que tanto se pondera por los que de todo hacen armas para combatir el ministerio.

El decreto en cuestión fija el número de tenientes generales, mariscales y brigadieres de las diferentes armas é institutos de que ha de componerse el estado mayor del ejército: 70 han de ser los primeros; 102 los segundos; y 144 los terceros; sirviendo este cuadro en tiempo de

paz para fijar las verdaderas vacantes; y estableciéndose luego los medios de hacer la reducción hasta llegar al límite marcado. A los brigadieres en cuartel se les señala el sueldo de veinte mil reales, quedando á arbitrio de S. M. designarlos lo mismo que á los oficiales generales los puntos en que hayan de residir.

Era natural que despues de una larga guerra civil y de tantos disturbios intestinos, creciese mas de lo conveniente la clase de gefes militares, porque la necesidad de estimular por una parte á los que defendían á costa de su sangre los intereses y los derechos del país; y por otra la obligación de recompensar los servicios hechos en la gloriosa carrera de las armas, eran poderosos incentivos para que los gobiernos fuesen pródigos en punto á ascensos y á nombramientos de generales; pero si en vez de dejarnos llevar de nuestras afecciones particulares y del deseo de hostilizar á los que en política siguen bandera opuesta á la nuestra, mirásemos las cosas á la luz de la razón, conoceríamos que ese abuso no es imputable á ningún partido; y que es como otros muchos que hoy existen, fruto de las circunstancias en que nos encontramos de resultados de los sucesos que se han verificado en España de algunos años á esta parte.

La época es de transición, y las transiciones sociales siempre llevan consigo el desorden y el trastorno, vulnerándose en ellas muy de ordinario los fueros de la justicia y los intereses de los hombres. No hay equidad en atribuir á un solo partido lo que es culpa de todos los partidos, ó mas bien de la situación en que unos y otros se han visto.

Como quiera este ministerio tan combatido y tan maltratado por los apasionistas de toda especie, es el que ha inaugurado en la Península una reforma de tamanía importancia.

Sin vanos alardes de patriotismo como suelen hacer los progresistas, y sin adoptar un sistema esclusivo que no consiente la variedad de opiniones que debe admitirse en el régimen representativo, los actuales consejeros de la corona, hacen á sus adversarios políticos aquellas concesiones que reclama la justicia, y procuran al mismo tiempo enmendar los males que han sido consecuencias de las revueltas políticas y del desenfreno de las pasiones.

El decreto á que nos referimos es la respuesta mas elocuente que puede darse á las apasionadas invectivas de *El Eco* y de *El Clamor*.

Lejos de querer colmar de dones y de favores á sus amigos, el actual gabinete se ata las manos, porque prefiere al pasagero lauro que esto pudiera proporcionar, el que le ha de traer su constancia en seguir la senda de mejoras y de reformas verdaderamente progresivas que se propuso, cuando en dias sobrado azarosos tomó á su cargo la gubernación del Estado.

Ayer no hemos recibido correo de Lisboa ni de Oporto. Las únicas que hemos recibido del reino vecino las venían nuestros lectores en su correspondiente lugar. Según ellas, nuestro ejército debe estar en marcha á estas horas con dirección á Oporto, donde si bien no tendrá ocasión de dar ejemplos de su heroísmo, porque probablemente los rebeldes se retirarán ó capitularán antes que aceptar ninguna batalla seria, le aguarda otra tarea no menos gloriosa que la guerra, la de contribuir á la pacificación de aquel país. Si es cierto que el día 22 deben hallarse nuestras tropas al pie de los muros de Oporto, poca vida queda ya á la rebelión portuguesa.

Despues de escrito el párrafo que antecede, hemos recibido por conducto extraordinario las importantes cartas del ejército que verán nuestros lectores en su correspondiente lugar.

El general Concha avanza en efecto, hacia Oporto: la junta de esta ciudad se niega á todo avenimiento, á menos que el gobierno de Lisboa no le otorgue una condición humillante, la de destituir al ministerio, reemplazándolo con el grado de la revolución. La reina no puede acceder á esta condición sin iracundia, y las potencias aliadas no parecen tampoco resueltas á interponer su mediación para consumarla.

Pocos dias quedan á la junta para decidirse entre aceptar de grado ó por fuerza, las condiciones ofrecidas. Su conducta en estas circunstancias es el delirio de la revolución.

Como verán nuestros lectores en otro lugar, ha empezado ya en la cámara de los Comunes de Inglaterra la discusión sobre los asuntos de Portugal. Aunque todavia no tenemos noticia sino de una parte del discurso de mister Hume, miembro de la oposición, esperamos que en el curso del debate se hagan revelaciones importantes que contribuyan á aclarar la situación de cada una de las tres potencias respecto al reino vecino. Los periódicos de hoy deberán traer la continuación de la discusión que daremos mañana á nuestros lectores.

Los que apoyados en el testimonio de *El Católico* negaban ayer que se hubiesen librado al celeré diez millones, ya habrán tenido ocasión de convencerse con lo que dice anoche el mismo periódico. Este no se muestra todavia satisfecho, y reclama los atrasos: á este propósito como estuvieramos de humor habíamos de contarle á nuestro colega el cuento de Periquito, pero apelamos á sus religiosos sentimientos para que tenga en cuenta que no se reducen las atenciones del Estado á pagar al clero, y que hay otros muchos que reclaman con iguales derechos y necesidad.

Ayer recibimos una carta del señor don Alvaro Gomez Becerra, acompañando otra que le dirige desde Londres el general Espartaco para desmentir algunos rumores que este juzga ofensivos á su persona. Respetamos demasiado la condición moral de los individuos para que no nos apresuremos á franquear nuestras columnas al español que es patriado y en la desgracia hoy, no consiente que se abuse de su nombre para proparar noticias injuriosas á su reputación de hombre honrado y amante de su país. Por lo mismo que el general Espartaco profesa ideas distintas de las nuestras, tenemos mayor satisfacción de dar cabida en nuestras columnas á su franca manifestación.

He aquí la carta:

«Como nos amábamos! Como en nuestra paz profunda olvidábamos todas las cosas de la tierra! Solamente vos á veces os mostrabais desasossegado, y yo decia: Dios mio, si alguno le viese! Aquello era vivir en el cielo. Pero en un día todo ha cambiado. Cuántas veces con palabras de fuego me habeis dicho, que yo era vuestro amor, que poseía vuestros secretos, que habia de vos todo lo que quisiera! ¿Qué os he pedido hasta ahora? ¿Casi siempre he cedido á vuestros deseos, cedido ahora á los míos, os va en ello la vida. ¡Ah! ya ni tambien; porque muerto ó vivo yo os seguiré; cualquiera cosa con vos me será agradable, la fuga ó el cadalso... Pero me rechazais! Dejadme vuestra mano: mi frente sobre vuestras rodillas no puede haceros mal. He corrido para venir, estoy muy fatigado. ¡Ah! ¿qué dirian los que me han visto tan alegre, tan contento en otro tiempo, si me vieran ahora llorar así?... ¿Qué tienes, Didier mio? Te he ofendido en algo? Dímelo. ¡Oh! es cosa muy triste, amigo mio, que esté padeciendo á tus pies y no pueda obtener una palabra de tu boca... Pero en fin, decídmelo lo que tienes ó si no dame de puñaladas... Mira, ya están secas mis lágrimas, quiero sonreírme, quiero que te rías, si no te ríes no te amará mas... Por mucho tiempo has hecho de mi cuanto has querido; ahora te toca á ti hacer lo que yo quiero. La prision ha agriado tu carácter. Vamos, hálame, llámame María...»

Didier. ¿María de Lorme?

María. (Cayendo asustada en tierra). Didier, sed generoso. Didier. (Con voz terrible). Señora, no se entra aquí fácilmente. Las prisiones de Estado están bien guardadas noche y dia, las puertas son de hierro, las paredes tienen veinte codos de altura. Para llegar hasta aquí ¿á quién os habeis prostituido?

María. Didier ¿quién es ha dicho?... Didier. Nadie, yo lo advino.

María. Didier, ¡jurar por la bondad celeste que ha sido por salvarlos, por arrancarlos de aquí, de las manos de vuestros verdugos.

MADRID 18 de junio.—Señores redactores de *El Correo*.—Muy señores míos: El ilustre español que suscribe la carta cuya copia es adjunta, sabe que yo conozco bien sus patéticos y leales sentimientos, para que no necesite manifestármelos. Sin duda ha querido hablar á otros, y que dicha carta tenga la mayor publicidad. Para satisfacer tan justo y honrado deseo, ruego á Vds. se sirvan insertarla en su periódico, quedando á sus órdenes su seguro y atento servidor Q. SS. M. B.—Alvaro Gomez.

LONDRES 10 de junio.—Mi estimado amigo: En *El Faro* del día 3 he visto un párrafo de la carta de su correspondiente de Londres, en que supone que yo de acuerdo con lord Palmerston, y con las personas influyentes del partido liberal, aspiro á gobernar las Islas Filipinas bajo la forma de principado, república ó vireinato semi-independiente, hasta que llegue el día en que pueda ser una colonia británica.

En medio de los sinsabores consiguientes á la espatriación, nada ha podido serme tan sensible como esta torpe calumnia.

Espartaco antes que todo es español, y sean cuales fueren las vicisitudes de su patria, no es posible que Espartaco contribuya jamás á que se desmemore la menor parte de sus dominios.

Los españoles me conocen: á ellos confía la custodia de su reputación.—El duque de la Victoria.—Escelentísimo señor don Alvaro Gomez Becerra.

Varios accionistas del camino de hierro de Aranjuez, nos remiten el siguiente artículo en contestación á otro de *El Faro*.

En uno de los últimos números de *El Faro*, se lee el párrafo siguiente:

«Segun aseguran los accionistas del ferro-carril de Aranjuez, ya gastada hasta ahora en el camino la inmensa suma de 25 millones de reales! Como no se han hecho todavia los puentes, viaductos, ni demas obras, ni se han colocado los barrotes en que han de rodar los locomotores, ni se han construido las estaciones, ni etc., etc., es de presumir que esta linea sea una de las mas costosas de Europa, incluidas las mismas de Inglaterra.»

Aunque, conociendo la intención con que tales líneas se han escrito, habíamos pensado dejarlas sin contestación, hános parecido despues que el silencio pudiera tal vez por algunos ser mal interpretado, y hemos creído necesario demostrar en breves palabras y con hechos irrecusables, la ligereza con que se ha atacado á la empresa, y la ignorancia en la materia, harto reparable por cierto del articulista.

Si alguna duda tiene este acerca de los gastos hechos por la empresa, seguros estamos de que podrá fácilmente salir de ella, acercándose á examinar los libros de contabilidad, los cuales llevados con el orden y la exactitud y minuciosidad que han admirado cuantos los han visto, le suministrarán con la mayor claridad y sin gran trabajo todos los datos necesarios para convencerse de que hasta el día van invertidos próximamente 25 millones en estudios y formación de proyectos, gastos generales de administración, é instalación de oficinas, compra de instrumentos, útiles y herramientas para los primeros trabajos, adquisición de terrenos, pago de perjuicios; instalación de talleres en toda la línea, provistos de los útiles necesarios, obras de esplanación, acopios de materiales de todas clases, construcción de obras de fábrica y fabricación en el extranjero de los carriles, coginetes, cabillas y cuñas, escéntricos y plataformas, accesorios de estación, locomotoras, carruajes modelos y trenes para todos los demas carruajes de todas clases, máquina de vapor para los talleres, tornos y máquinas-útiles para los mismos, etc., trasportes y fletes hasta Alicante, desde Inglaterra y Bélgica, de los carriles y otros muchos objetos que ya han desembarcado en aquel puerto.

Si las obras de fábrica que en el artículo se mencionan no se han acabado, es porque en doce meses de trabajo, y habiendo sido preciso crear hasta los primeros elementos que en tales obras se requieren, no cubra lo mas de lo que se ha hecho, y si el autor del párrafo á que contestamos hubiera dado un paseo por la línea, y depuesto toda animosidad personal, se hubiera convencido como todos los que han tenido tal curiosidad, que lo que resulta ejecutado sobrepaja en todos conceptos á las esperanzas que se habian concebido por los que tienen alguna idea de empresas de esta clase, y aprecian en lo que valen las dificultades que por desgracia se tocan todavia en España al acometerlas.

Concluida la esplanación general del camino, trabájase ahora con ahínco en las obras de fábrica.

Muchas hay ya del todo concluidas, otras que desde las puertas de Madrid pueden verse tocan á su término ó se hallan muy adelantadas: en todas se trabaja á la vez, y sin alardes ni alharacas se está construyendo en el Jarama un puente de grande importancia, venciendo las dificultades que ofrece el terreno y consiguiéndose en el día visibles progresos por haberse terminado con el mejor éxito los trabajos preparatorios de fundación. Nada diremos aqui sobre la construcción de estas obras y de los medios que en ellas se emplean, pues nos atenemos desde luego á lo que resulta de los informes del ingeniero inspector del gobierno y de los demas que las han reconocido. Si con 25 millones estuvieran ya concluidas todas las obras de fábrica y sentados los carriles ó barrones, si mas cuada este nombre al articulista, estaría el camino ya terminado en su parte mas esencial y habríase entonces resuelto un problema de tiempo y de dinero, de que se felicitarían á buen seguro mas que nadie los accionistas, y que constituyendo un verdadero prodigio, tratándose de una línea de casi nueve leguas de longitud, excitaría con justa razón la admiración de todos los inteligentes; pero en el estado actual del arte y sujetándose á las condiciones que deben llenarse, no es aun posible por desgracia conseguir tales resultados.

A 45 millones de reales asciende el presupuesto de este camino, y no puede tacharse de exagerado, si se atiende á lo que han costado y cuestan los que se han construido y están construyendo en Europa, de mane-

Didier. ¡Gracias! (Cruzándose de brazos). ¡Ah, que llegue á tanto la falta de pudor! Eso es verdaderamente vergonzoso. (Recorre el teatro á grandes pasos con gritos y ademanes de desesperación). ¿Dónde está ese infame que se ha hecho comprar mi cabeza á tal precio? ¿Dónde está el carcelero, el juez, el hombre que así comercia con el oprobio y el desprecio? ¿Dónde está para que yo le desaga entre mis manos como esto? ¡Hace pedazos el retrato entre las manos! ¡El juez... que me importa que el falso peso que inclina su balanza infame sea la cabeza de un hombre ó el honor de una mujer? (A María). ¡Idos con él!

María. ¡Ah no me trateis así! Yo tembló á cada paso perseguida por nuestro desprecio. Si decís una palabra mas, Didier, me matareis. ¡Ah! Si ha habido algun amor verdadero, firme, ardiente, ese amor es el mio. Si ha habido un hombre adorado, idolatrado entre todos, ese hombre sois vos, Didier.

Didier. ¡Ah callad! Yo tambien para mi perdición habria podido nacer mujer; yo tambien habria podido como otros ser vil é infame, darne por oro, vender al primer advenedizo un amor como el que quisiese, tierno, vivo ó ingenuo. Pero si se hubiese ligado á mi un hombre bueno y creduelo, un hombre honrado imbuido en imbeciles ideas de honor; si por acaso hubiese encontrado un corazón todavia lleno de ilusiones, antes que ocultar á ese hombre lo que yo era, antes que ocultarle que la pureza y castidad de mis miradas eran mentira, antes de ser tan perdida, tan ingrata, tan falsa, habria preferido abrir mi sepulcro con las uñas.

María. ¿Cuál seria vuestra risa si pudieseis ver la imagen que yo habia formado de vos en mi corazón! Bien habeis hecho, señora, en destruirlo... Aquella imagen era candida, pura y casta... ¡Oh mujer! que te habia hecho este hombre de corazón profundo y ardiente que por tanto tiempo le ha dorado de rodillas?

EL CARCELERO. Que se pasa la hora.

María. ¡Ah! el tiempo vuela, Didier. No tengo dere-

FOLLETIN DE EL CORREO.

MARIA DE LORME,

drama en cinco actos

por

VICTOR HUGO.

ACTO QUINTO.

El Cardenal.

PERSONAJES.

María de Lorme. El calabocero.
Didier. El carcelero.
El marqués de Saverny. Obrero.
Lafame. Alabarderos.
Guardias.
El verdugo. Pueblo.

La escena es en un patio de la cárcel de Beaugency. (Conclusion).

ESCENA VI.

DICHOS, MARIA, EL CALABOCERO.

EL CALABOCERO. (A María). Sobre todo salid antes de la hora indicada. (Se aleja y durante toda la escena se pasa de un lado á otro por el fondo del teatro).

MARIA. (Se adelanta vacilante y como ahogada en un pensamiento de desesperación. De cuando en cuando se pasa la mano por el rostro como si tratase de quitarse alguna mancha). Sus labios son un hierro ardiente que me ha dejado impresa su señal. (De repente divisa á Didier. Da un grito, corre, se precipita y cae anhelante á sus pies). ¡Didier! ¡Didier! ¡Didier!

DIDIER. (Volviendo en sí sobresaltado). ¡Ella aquí, Dios mio! (Con frialdad). ¿Sois vos?

MARIA. (Levantando la cabeza). ¿Quién quieréis que sea? ¡Oh! dejame á tus pies! ¡Estoy tan bien aquí! Dame tus manos, tus manos queridas, damelas. ¡Oh! como están destrozadas! ¡Te han cargado de cadenas! ¡Infames! Pero ya estoy aquí, ya ves que... (Llorando). ¿La voy a oír sollozar?

DIDIER. ¿Por qué lloras?

MARIA. No, no lloro; ¡lloro yo! Al contrario me río. (Se ríe). Vamos á huir ahora mismo; ya me río, estoy contenta, vivirá todo se ha pasado. (Cae á los pies de Didier y llora). ¡Oh! todo esto me mata, tengo el corazón destrozado!

DIDIER. Señora...

MARIA. (Se levanta sin oírle y corre á buscar el paquete que presenta á Didier). Aprovechemos los momentos. Ponte este disfraz; he ganado á estos dos hombres. Podremos salir de Beaugency sin ser vistos, tomando una calle escusada al extremo de esta tapia. Richelieu va á venir á presentar la ejecución de sus órdenes: un tiro de cañon nos avisará su venida; no perdamos un minuto; si el cañonazo nos encuentra aquí, somos perdidos.

DIDIER. Está bien.

MARIA. ¡Pronto! Dios mio ya le he salvado... pero hálame, Didier, mi Didier... ¿Cuánto te amo!

DIDIER. ¿Decís que hay una calle al extremo de esta tapia?

MARIA. Sí, de allí vengo, todo lo he visto, todo lo he examinado. Es un camino seguro; ya están cerradas todas las ventanas; no encontraremos tal vez sino algunas mugeres. Además nadie reparará en vos. Cuando estéis muy lejos, os pones este vestido. ¡Como nos reiremos de vuestro disfraz! Pero, pronto!

DIDIER. (Rechazando los vestidos con el pie). No hay prisa.

MARIA. ¡Ah, la muerte está cercana! ¡Huyamos, Didier, yo he venido aquí...

DIDIER. ¿A qué?

MARIA. ¡A salvarlos! ¡Gran Dios qué pregunta! ¿Por qué eso todo gracia?

DIDIER. (Con triste sonrisa). Bien sabeis que nosotros, pobres hombres, somos muchas veces insensatos.

MARIA. Vamos, vamos, el tiempo urge, los caballos están dispuestos; despues me dirás todo lo que quieras, pero ahora huyamos.

DIDIER. ¿Qué hace ahí ese hombre que nos está mirando?

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a slightly textured appearance with some faint smudges and discoloration, characteristic of old paper. The right edge of the page shows the binding structure, including the gutter and the edges of adjacent pages.

